

PLAZA MAYOR

UN REPORTAJE DE José Serrano Belinchón

Hoy estamos en...

RILLO DE GALLO



El pueblo en invierno, y si para colmo de males coincide en día festivo como el de hoy, se levanta con el sol bien alto. Cuando la niebla intenta despegarse de lo que es la vega, se oyen entre la maleza los graznidos siniestros de los grajos. Las chimeneas de los hogares más cercanos a donde yo estoy arrojan un humo espeso que se pierde en seguida en las entrañas de la tremenda masa de vapor, y en los matujos de la huerta o en los esqueléticos frutales de junto al arroyo, se apelmaza la escarcha en espera del rayo que la venga a diluir a mitad de mañana. Hace mucho frío. Por la carretera no circula ningún automóvil y las calles se ven desiertas, mustias, como congeladas.

Rillo de Gallo es pueblo de paso; el puerto de la metrópoli cabecera del Señorío que queda de allí a menos de una hora de camino a pie Viejo y arraigado lugar, con reminiscencias perdidas en el juego de los siglos curvas casonas y blasones hablan aún, como en casi toda, Molina, de su ganancia ancestral, de su historia y de sus gentes. Al subir, uno se encuentra en medio de tanto silencio con singulares habitáculos de sillería rónena, de piedras rojizas y de construcción multiseccular que los del pueblo, presentes o ausentes, procuran poner en orden con mayor o con menor acierto.

La plaza es inmensa, luminosa, con todo aquello que en lugares como éste debe tener una plaza que se precie para ser, en efecto, centro vertebral de la vida del pueblo. Aquí nos encontramos con la espadaña triangular, a dos vanos, de la parroquia; con el nuevo frontón pintado de verde y con el edificio, acabado de hacer, del ayuntamiento; con el olmo municipal y con las jarrineras de arbusto que la llenan; que la adornan, que la engalanan; con la fuente, en fin, que tiene en la plaza de Rillo la particularidad de ser a la vez monumento "in memoriam" de don Calixto Rodríguez, ingeniero de montes de principios de siglo y pionero de la explotación "resinera" en la comarca, quien, a cambio de votos para el Parlamento en tiempos de Romanones, la consintió a sus expensas, les trajo el agua y el pueblo agradecido alzó en el monolito su propio busto: "A don Calixto Rodríguez, el pueblo de Rillo, 1911". El agua surge abundante y clara por los cuatro caños repartidos en cruz.

La señora Avelina ha salido a coger un cubo de agua al pilón que mira a su casa. Es una mujer mayor, muy atenta. Cuando le pregunto por el hombre de la estatua me dice que ella no lo conoció.

—¿Y por qué no se ve a nadie por la calle?

—Ay, mire usted! Somos muy poquitos. Hasta la hora de misa no sale la gente. Eso que hay debajo del ayuntamiento es el Hogar del Jubilado. Está casi sin estrenar.

Junto al callejón que dicen del Arco hay un viejo palacete destarado y ruinoso. Ando perdido por los corrales de extramuros sin ver a nadie. Un perro color canela me viene acompañando desde la plaza. Al llegar a las afueras el perro se busca mejor compañía y se va detrás de una perra negra correteando hacia unos montones de desperdicios. No lejos, relumbra al contraluz por el río Viejo la chimenea gigante de la antigua fábrica de resina. Más cerca de mí, cuelgan las ropas lavadas, tiesas como el almidón, que pasaron la noche a secar tendidas en la cuerda.

En seguida regreso a la plaza. Ya han abierto el Hogar del Jubilado del que me habló la señora Avelina. Sale de dentro el sonido a todo volumen de un radiocaset vomitando rumbas y canciones flamencas. El joven que atiende aquello se llama Angel; un muchacho servicial y de agradable trato. Angel, que me ve llegar cariblanco y resoplando tirriones, se apresura a poner en función la estufa de leña. El establecimiento es, además de nuevo, limpio y acogedor, con mucha luz. Tiene un mostrador corrido de piedra de mármol y un surtido variadísimo en el anaquel de botellas y de licores.

—Café calentito a estas horas, nada, ¿verdad?

—No. Café todavía no hay. Lo puedo hacer, pero tardará un rato.

—Una copita, pues, de solismo-bra.

Al gozo de la estufa me cuenta Angel que allí andarán en Rillo con las cien personas, si es que llega, pero que todavía quedan ocho o diez chicos en edad escolar que los bajan a Molina.

—Cuando cerraron la resinera, se fueron los empleados; se dejó también la cosa de la remolacha, y la gente se largó.

—¿Entonces no se cultiva la vega?

—Sí, se cultiva de cereal y de pipas. Hortaliza muy poca; los cuatro huertecillos para el gasto. Lo de la remolacha de antaño ya pasó a la Historia, como las grandes batallas.

—Pues este salón está muy bien, ya ves.

—No está mal. En verano abren también la "peña juvenil" para los más jóvenes. Hacen baile y esas cosas para que la gente no se vaya a Molina, pero aún se van.

Hablando de la finca de La Serna, la mejor y la más productiva del pueblo, y de las bajas temperaturas del Señorío, Angel y yo llegamos a la casa de Antonio Valero, agente forestal, alcalde de Rillo y ex diputado provincial por aquel partido. El alcalde nos recibe con extraordinaria cordialidad. En el cómodo cuarto de estar de su casa, muy cerca de la carretera, Antonio Valero está preparando una serie de sobres para mandar al correo.

—Son para el asunto ese de la enfermedad de los olmos. Soy me-

dio encargado de la coordinación para combatir la plaga, y creo que va a costar trabajo. La cosa no está muy clara que digamos.

—¿Por fin cuál es la enfermedad que tienen?

—Han sido dos. Primero fue la galeruca, que si se puede exterminar. Son como unos bichos pequeños que se van comiendo las hojas. Crían dentro de la corteza y es muy difícil meterles mano. Al olmo de la plaza lo hemos conseguido curar perfectamente.

—¿Y la grafiosis?

—Esa es peor. Es una enfermedad que la llevan dentro del tronco, como un cáncer, pone las hojas de color tabaco hasta que mata al árbol. Suponemos que habrá alguna solución para atajarla, aunque no hemos recibido todavía ni medios ni noticias para ello. Hay que ir a por ella, porque es capaz de dejarnos sin olmos.

Con su coche a punto y siguiendo la pista de un camino forestal que sale de Rillo en dirección norte, el alcalde me lleva para que pueda contemplar in situ los restos arqueológicos de las afueras; plato fuerte para la visita y que una buena parte de los que hasta aquí llegan se quedan sin ver. Lentos y bordeando de cerca el cauce del río Viejo, nos vamos adentrando en la zona pinariega, pedregosa, insólita y espectacular. Algunas de las piedras de los impresionantes cortes, está marcadas por los estudiosos de la Geología que han hallado por aquí claro material de estudio.

—Sobre este cerro de enfrente se dice que estuvo la ciudad romana de Manlia, o Molina la Vieja. Ya no queda nada. Y en aquellos peñascales de los pinos hay pinturas rupestres. Ahora subiremos.

Acabamos de hacer un alto junto a las fosas de arenisca que se ven a la vera de la pista. Me dice el alcalde que hay dibujos hechos por pastores de tiempo inmemorial. Una vez sobre ellos le digo que a mí no me parece tan claro el origen de aquellos signos, que a pesar de que aparezcan nombres propios escritos en la misma piedra por paseantes o jovencuelos de no lejanas décadas, son muchas las figuras indecifrables, círculos con cruces sobre todo, que recuerdan lo que no ha tanto vimos en la Piedra del Moro de Canales, a una hora de allí de camino a pie, y que no estaría por demás el que expertos en este tipo de signos y de grafías le echaran un vistazo detenidamente. El detalle, que pudo pasar desapercibido, es de singular interés.

—¿Cómo le dicen al paraje?

—A ello le dicen exactamente Los Barranquillos.

De inmediato llegamos después al merendero de la Fuente del Cura. A la vista de la pinada agreste, de los roquedales que suben, entre cuyas sombras se descubren solitarias las mesas fijas de los veraneantes,

uno piensa que en otro tiempo, bien distante de estas gélidas mañanas del mes de enero, aquello debe ser un verdadero paraíso. La fuente corre, cristalina y limpia, bajo una peña. Alrededor nuestro, los tremendos pedregales que bajan en perfecta verticalidad desde el azul que encapota el Señorío.

—Aquello de arriba es Peña Tormas. Ahí vienen a veces los militares a hacer ejercicios y cosas.

Subimos después, cortando la vertiente al derecho, mezclándonos entre los pinos, las piedras y las estepas, hasta la Muela del Llano. Al cabo de un rato nos hallamos frente al abrigo, delante de la piedra en la que don Agustín González, médico y actual sacerdote de Atienza, acompañado de un joven estudiante de Historia, descubrió unas manchas de ocre rojizo que corresponden a pinturas de la Prehistoria. Apenas si se distinguen. Julián Martínez, maestro de Molina, que casualmente pasaba por aquella altiplanicie con la escopeta al hombro, me va señalando a punta de cañón las líneas que deberían dibujar la silueta de algún animal de la antigüedad.

—Han hecho fuego los pastores debajo, y está en muy malas condiciones. De que es pintura rupestre no hay duda.

Con Antonio Valero siempre en compañía, nos vemos un rato después sobre otro alto; ahora en la orilla opuesta del arroyo. Le dicen al lugar el Poblado de Villacabras, y es, en una extensión tal vez superior al medio kilómetro cuadrado, lo que queda de un legendario castro, al parecer celtibérico. Las piedras, en parte labradas de sus muros, fueron empleándose posteriormente para otros menesteres, acabando en paredes de tainas también desaparecidas. Se ven abiertas en la peña las canales arcaicas por las que circuló el agua de la que se abastecieron los pobladores de entonces, los aljibes perfectamente horadados y la escondida cimentación en medio del matorral. El paisaje del arroyo Viejo y toda la vega por la que discurre, toman desde estas alturas una visión sencillamente indescriptible. Arriba el cridero de cangrejos en donde se cultiva, la especie que en su día se piensa llevar a los ríos para su repoblación. Se siente el ladrido lejano de un perro. A nuestros pies, al fondo del precipicio, suena el rumor del agua corriente que compete en los oídos del viajero con el soplo de la brisa que llega de los robledales del Monteprado.

—Debajo de estas rocas, en la ladera, enseguida que se hurga un poco aparece la cerámica. Debí ser un poblado muy grande.

Acabamos de nuevo en la Plaza Mayor de Rillo. Es casi el medio

día. La iglesia está abierta y el público oye la misa del domingo con atención y silencio. Es una iglesia reducida, de dos naves. La nave mayor tiene por cobertura un curioso y sencillo artesonado y como fondo en el ábside, un retablo sin historia que preside la imagen blanca de la Virgen de la Carrasca. La nave lateral está dedicada al Santísimo Cristo, imagen, por lo que vemos, venerada con predilección.

Después de la misa hemos saludado en la sacristía a don Anselmo, el sacerdote que atiende desde Molina la vida espiritual de Rillo. Es un hombre mayor que sabe mucho de las iglesias y de los retablos de la comarca. Por insinuación del alcalde, don Anselmo me enseña la imagen antiquísima de la primitiva Virgen de la Carrasca.

—La tenemos ya como inservible. Se cambió por la actual, más moderna. La tenemos guardada porque, según parece, procede de la ermita que había a unos cuantos kilómetros del pueblo.

La talla mide dos cuartas, tirando de largo, y está vieja y deteriorada. Por la forma me ha parecido muy antigua, del siglo XIII quizás. Una de esas imágenes románicas de la Madre de Dios que a veces se encuentran, como aquí, donde menos esperas, y que son verdaderas joyas anónimas que en cualquier caso convendría custodiar bajo seguro. El alcalde y el cura —yo por testigo— quedaron de acuerdo en quitarla de allí; en hacer una copia exacta para la veneración de los fieles en iglesia y guardar el original lejos de la guerra de los desaprensivos. La idea me ha parecido digna del mejor elogio.

De Antonio Valero y del concejal Julio Roca, me despidió tomando un algo en el mostrador del Hogar del Jubilado, el impecable salón de recreo del ayuntamiento. Luego un vistazo final a la casa de los marqueses de Embid y al momento el regreso.

Si uno tiene la idea preconcebida de que los pueblos de paso, alineados en las márgenes de las principales carreteras de la provincia, no suelen tener mucho de novedosos por aquello de que el buen paño en el arca se vende, Rillo de Gallo ha contribuido, no poco, a cambiar de opinión. Ahí queda, con su indiscutible personalidad de villa antiquísima, en las puertas mismas de la capital del Señorío.

LOCALES

EN ALOQUILER en la zona más céntrica y comercial de Guadalajara ideal para red bancaria o similar de 300 y 250 m². Teléfs. 21 26 74 y 22 71 94 y 23 27 51.

LLAMENOS

Transportes SANTOS

Teléfonos: Guadalajara: 22 21 50 - Alcalá: 888 47 12
S. Peseñero: 675 30 44 - Madrid: 404 43 66
Barcelona: 337 80 50

José Ruiz Ruiz

ELECTRICIDAD

Instalaciones eléctricas y conservación de ascensores

C/. Ferial (antes División Azul, 50). Teléfonos 22 10 10 - 22 10 45 y 22 21 39.